

Joan Burdeus

La religión tradicionalista de Putin y Trump

El País/Babelia, 12 de abril de 2022.

La tradición antidemocrática de Duguin y Bannon, tenebrosos ideólogos de una época oscura.

Los dos gurús que más han influido en [Donald Trump](#) y [Vladímir Putin](#) creen en unas leyes del espíritu oscuras e inquietantes a partir de las cuales basan su geopolítica. [La doctrina hinduista](#) nos explica que el tiempo humano es cíclico y está dividido en cuatro edades, o yuga. Esto corresponde a lo que las viejas tradiciones occidentales denominaban la edad de oro, la de plata, la de hierro y la oscuridad. En la Satya Yuga, la edad de oro, reina la justicia y las verdades primordiales se encuentran al alcance de los hombres. Pero, a medida que pasan los siglos, inevitablemente nos distanciamos de la fuente de luz original y cada vez se hace más difícil ver estas verdades, la condición humana empeora y, con ella, el universo. Para aquellos a los que les ha tocado vivir durante la Kali Yuga, la edad oscura, lo más importante es comprender que los valores de su tiempo están cambiados y, por lo tanto, no tienen que luchar para que el mundo progrese conforme a las ideologías establecidas, sino para que todo colapse y el ciclo vuelva a empezar. Esto que esperaríamos encontrar en las secciones de esoterismo de las librerías, sin hacer daño a nadie, es lo que leen y discuten dos de los ideólogos que más han hecho para amenazar el ideal occidental de democracia liberal, tanto desde dentro como desde fuera.

Los individuos en cuestión son [Steve Bannon](#) y [Aleksander Duguin](#), que se definen a sí mismos como seguidores del Tradicionalismo. La te mayúscula es importante, porque no hablamos de señores de derechas, sino de una cosa mucho más extravagante. La escuela tradicionalista la fundó René Guénon, un intelectual francés que, a pesar de no conseguir el reconocimiento del *mainstream* de su tiempo, a principios del siglo XX, desarrolló un corpus de ideas y consiguió un conjunto de seguidores lo bastante consistente como para haber llegado hasta hoy. Tanto Bannon, director ejecutivo de la campaña que llevó Donald Trump al poder e impulsor del “movimiento populista global” que hoy funciona a todo trapo; como Duguin, uno de los intelectuales más influyentes dentro del Kremlin, conocido por el mote del Rasputín de Putin, reconocen la influencia de Guénon y otros tradicionalistas como la central en su visión del mundo.

Cuando se encontraron por primera vez, en 2017, Bannon quería convencer Duguin de que Rusia tenía que hermanarse con el trumpismo y huir de la órbita china porque China se ha convertido en la vanguardia de la modernidad, el globalismo, el consumismo y todas las fuerzas contrarias a la tradición. No se pusieron de acuerdo, pero el caso es que dos de los estrategas más influyentes en la geopolítica actual no discutían sobre intereses económicos o equilibrios de poder, sino sobre los postulados espirituales de una escuela medio filosófica medio ocultista, que no se enseña en ningún máster de relaciones internacionales.

Conocer el Tradicionalismo es meterse dentro de la cabeza del hombre que inventó el eslogan [Make America great again](#) y ha inspirado y asesorado a la extrema derecha europea, desde [Salvini](#) a [Abascal](#), quien, evidentemente, vota en contra de retirar la medalla de oro de Madrid a Putin. Es entender por qué el día que un grupo de manifestantes [asaltó el Capitolio](#), [había uno que llevaba cuernos y se definía como chamán](#). También sirve para acercarse al que

quizás sea el intelectual público ruso más importante: después de periplos por el espacio postsoviético, el 1997 Duguin saltó a la fama con la publicación de *Los fundamentos de la geopolítica: el futuro geopolítico de Rusia*, un éxito estallando entre las élites del KGB que todavía hoy es lectura obligatoria en las academias militares rusas.

Conscientes de la excentricidad de sus creencias, tanto Bannon como Putin han camuflado el Tradicionalismo detrás de doctrinas más clásicas para poder digerirlo mejor. Pero tampoco es que se escondan: basta con leerlos y escucharlos, como hace el antropólogo [Benjamin Teittlebaum](#) en su maravilloso *War for Eternity*, para que ellos mismos reconozcan que el Tradicionalismo es la raíz que explica todas las conductas e ideas aparentemente erráticas que traen de culo los analistas que intentan ponerles etiquetas convencionales. Por ejemplo, a Duguin se lo conoce como uno de los principales impulsores del eurasianismo contemporáneo, un movimiento que declara que la civilización rusa no pertenece a Europa ni a Asia, sino que constituye una entidad separada y autónoma. Mucha menos gente sabe que el símbolo del partido eurasianista que Duguin fundó, un misterioso icono formado por ocho flechas que parten de un punto central y señalan hacia fuera, proviene de los estudios de magia negra que practican algunos círculos tradicionalistas. Es el símbolo del caos.

La tradición

Los tradicionalistas constituyen un movimiento en el sentido más laxo de la palabra, sin estructura formal y, desde finales de la década de 1940, sin mando central. Lo que une a los colectivos e individuos de esta corriente es una deuda común con la obra de René Guénon.

Nacido en Francia en 1886, Guénon publicó las que serían las biblias del Tradicionalismo a principios de los años veinte. *L'introduction générale à l'étude des doctrines hindoues y Orient et Occident* presentan el hinduismo como un repositorio de verdades espirituales que tienen que ayudar a salvar a Occidente de su declive. La motivación de Guénon no es académica (su tesis es rechazada en la universidad por carencia de rigor), sino mística. Con [Edward Said](#), podríamos calificar la propuesta como un “orientalismo inverso”. Si el pecado del orientalismo es esencializar las diferencias culturales para presentar el lejano Oriente como algo inferior a Occidente, Guénon cae en la misma caricatura, pero al revés, “descubriendo” en el hinduismo toda la religiosidad y el respeto por la tradición que echa de menos en la Francia de su tiempo. Guénon murió en 1951 en El Cairo, habiéndose convertido al islam y vistiendo turbante y jalabiya, la indumentaria tradicional egipcia que ya entonces se consideraba arcaica.

Aunque del hinduismo salgan dos aspectos tan centrales para el Tradicionalismo como la visión cíclica del tiempo y la certeza de que vivimos en la Kali Yuga, o que Guénon se convirtiera al islam, cualquier religión valdría, porque la práctica espiritual es un medio para un fin ulterior. Según Guénon y sus seguidores, en un pasado remoto existía una única religión común que se fue perdiendo, y sus valores y conceptos sobreviven hoy fragmentados en diferentes fes. Este [sincretismo](#) ha sido clave en el éxito internacional de la doctrina. Por ejemplo, el brasileño [Olavo de Carvalho](#), filósofo tradicionalista que fue descrito como “el ideólogo de Jair Bolsonaro”, defendía que en el cristianismo de los latinoamericanos a salto de mata hoy se puede encontrar la máxima expresión del Tradicionalismo. Por el contrario, Duguin ha dedicado libros enteros a intentar demostrar cómo el cristianismo ortodoxo es una fuente legítima de valores tradicionales menos corrompida por la modernidad que el catolicismo occidental. Todos habrían satisfecho a Guénon, porque, para él, la clave de la

práctica religiosa no es ningún dogma concreto, sino educar al tradicionalista en lo más opuesto a la modernidad, que es el gran enemigo.

La crise du monde moderne es la obra más popular y más traducida de Guénon, la típica puerta de entrada al Tradicionalismo. En ese libro, Guénon declara que la sociedad moderna no tiene sentido, porque nuestras formas de asociación se basan cada vez más en la economía y en formalidades burocráticas, y no en la cultura ni en el espíritu. La diferencia entre un conservador convencional y un tradicionalista es que, en vez de una crítica moderada que acepta la mayoría de los valores y ganancias modernas, el tradicionalista hace una enmienda a la totalidad. Vale la pena citar largamente a Duguin: “El tradicionalista es aquel que critica no ya varios aspectos de la modernidad y la posmodernidad, sino que rechaza el vector fundamental del desarrollo histórico. [...] En el mundo contemporáneo, todo es malo. La idea del progreso es mala, la idea del desarrollo tecnológico es mala, la filosofía de Descartes del sujeto y el objeto es mala, la metáfora de Newton del relojero es mala, la ciencia positiva contemporánea y la educación y la pedagogía que se fundamentan en ella, son malas. [...] Me gusta solo aquello que existía antes de la modernidad y hay que criticar todas las tendencias que la hicieron aparecer, remontándonos hasta la idea de un tiempo lineal”.

Acelerar el fin de los tiempos

Si todos los tradicionalistas comparten diagnóstico, no todos comparten solución. Para Guénon, de hecho, el Tradicionalismo está condenado a la antipolítica. En un mundo contaminado por las inversiones modernas, actuar es siempre una trampa. El iniciado tiene que limitarse a disimular en público, mientras, de puertas adentro, estudia las verdades espirituales de la tradición y se prepara para el fin de la Kali Yuga, como un arca de Noé moral. En cambio, el gran sucesor de Guénon y otro gran referente de la escuela inspiró mucha acción: [Julius Evola](#), nacido en Roma el 1898, creía que si el Tradicionalismo se implicaba en una revuelta contra la modernidad, se podía acelerar el ciclo de los tiempos y provocar el fin de la edad oscura.

Oficial de artillería, pintor de vanguardia, filósofo, poeta y mago, Evola fue un autor prolífico que llevó las ideas de Guénon hacia la extrema derecha europea. A Evola lo juzgaron en Italia el 1951 por “conspirar para restablecer el fascismo” y fue absuelto, pero, como explica el historiador Mark Sedwig, “era una acusación ridícula: el fascismo siempre había sido demasiado manso para Evola. Es cierto que había trabajado con Mussolini en las leyes raciales de Italia, pero los fascistas finalmente lo habían hecho volver casa desde Berlín y le habían retirado el pasaporte. Sus opiniones eran simplemente demasiado extremas para ellos. Evola fue para [Mussolini](#) lo que Trotski para Stalin. Durante los años de plomo en Italia (los setenta y ochenta), los grupos terroristas de extrema derecha se reunían en grupos de lectura y estudio de Evola, que bendecía sus actos.

Los dos protagonistas de este artículo, ávidos lectores de Evola, han sido los que más han hecho para traducir el Tradicionalismo en un programa político concreto, seguramente porque son los tradicionalistas que han tenido más contacto con el poder real. La gran preocupación de Bannon y Duguin es encontrar un sujeto político tradicionalista que supere el de las tres grandes ideologías modernas del siglo XX. El liberalismo eligió al individuo; el comunismo, a la clase, y el fascismo, al Estado o la raza. Pues bien, Duguin, que durante años ha promovido la Cuarta Teoría Política, defiende una alternativa oscura que a veces llama *dassein*, en referencia a la filosofía de Martin Heidegger, y otras *ethnos*, un cuño

propio, y que representa “el valor más grande de la Cuarta Teoría Política como fenómeno cultural, como comunidad de lengua, creencias religiosas, vida cotidiana y compartición de recursos y objetivos, una entidad orgánica inscrita en un paisaje acogedor”. Para Bannon, mucho menos inclinado a las ínfulas filosóficas, el sujeto que derrocará el mundo moderno será la clase trabajadora de cada nación, que él ve como la depositaria de los valores tradicionales por su distancia respecto de las élites y los discursos globalistas. Duguin acaba sonando más como un fascista clásico que pretende que el pueblo homogéneo se entrega al Estado y al zar, y Bannon como un populista *antiestablishment* para quien la clase es mucho más importante que la etnia; pero los dos rechazan frontalmente cualquier forma de internacionalismo. Es aquello que se oye tanto últimamente de “proteger nuestro estilo de vida”.

El Tradicionalismo es tan esotérico y ecléctico que no es fácil decir qué mundo imagina. Aun así, se pueden decir cosas a partir de lo que rechaza. El mundo ideal del tradicionalista tendría una escala mucho más reducida que el nuestro, formado por esferas políticas separadas por fronteras robustas y culturas inconmensurables entre ellas. La multipolaridad sería total, sin un imperio que domine ni interfiera en los asuntos de los otros, sin empresas multinacionales que vendan los mismos objetos, ni diarios explicando las mismas noticias, ni universidades promoviendo las mismas teorías. Ninguna organización tendría que poder escapar de la soberanía de la respectiva nación. O, todavía mejor, “civilización”, porque, para el Tradicionalismo, las comunidades políticas no tienen que estar unidas por intereses burocráticos, sino para proteger la esencia espiritual y cultural que las diferencia. ¿Son simples fascistas? Aunque algunos se acercan y los solapamientos y las connivencias con todas las otras derechas extremas son evidentes y constantes, los tradicionalistas prefieren hablar de pueblos antes que de razas, y de pluralidad antes que de supremacía. Unidos por la nostalgia de un comunitarismo premoderno perdido, los tradicionalistas quieren poner fin a la globalización para volver a encantar al mundo.

Una geopolítica espiritual

El Tradicionalismo ha sido un movimiento marginal durante todo el siglo XX, ignorado tanto por el *mainstream* intelectual y cultural como por el poder. Pero a principios del siglo XXI, intelectuales muy influyentes lo reivindican, movimientos radicales lo hacen suyo, y paseando por las redes sociales ya se pueden encontrar memes y vídeos de TikTok explícitamente tradicionalistas, incluso en catalán. ¿Qué hay que hacer, entonces, con este auge relativo y extraño? ¿Es una simple concatenación de casualidades, o el signo de que ha llegado su momento? ¿Se está forjando una nueva ideología?

Por un lado, la doctrina tradicionalista podría ser un camelo con que unas élites cínicas barnizan su voluntad de poder con alta teoría y misticismo. Por el otro, tanto el trumpismo como los aspectos más duginistas de la política de Putin se entienden mejor a la luz del Tradicionalismo. Con la guerra de Ucrania hemos encontrado un ejemplo muy claro de cómo el marco mental occidental está teniendo problemas para interpretar la lógica de las acciones de Putin, que recuerdan lo que pasó y todavía pasa con la confusión ante el trumpismo, o de Vox. Tal como ocurrió con Trump, muchos recurren a explicaciones psicologistas, y llenan los agujeros tildando a Putin de estúpido o de loco. Pero muchos de estos movimientos geopolíticos cobran sentido si pensamos que sus protagonistas pueden estar motivados por cosas que van más allá del crecimiento económico o del control del territorio.

Fijémonos en las sanciones. Con la guerra, Rusia se ha desenganchado del flujo de finanzas global, [ha cerrado Facebook](#) e Instagram, y los McDonalds han abandonado Moscú. Dugin está contento, e incluso si la invasión fracasara militarmente, el mundo menos globalizado que saldría podría parecer la más grande de las victorias para el Tradicionalismo. Cada vez que la Historia se mueve por causas diferentes a la economía y los intereses materiales, los educados en la modernidad liberal solemos ver un contratiempo ligero e indeseable en el largo camino ascendente del progreso universal. En cambio, el tradicionalista sonríe, convencido de que el pasado nos espera en el futuro y el fin de la Kali Yuga está más cerca.